

LA SATIRA EN MADAME BOVARY

María Josefa Perez Winter de Tamburini

INTRODUCCIÓN:

Por su subtítulo, Costumbres de provincia, la novela de Flaubert se inscribe en la tradición balzaciana del estudio de las costumbres.

Así, el autor se erige en pintor de la Normandía bajo la Monarquía de Julio (1830 - 1848).

Madame Bovary comporta, en efecto, varios cuadros de los medios sociales. Estos son, esencialmente, aquellos que evocan la burguesía y el campesinado normandos, así como la aristocracia provincial.

Y en las páginas de su obra, el autor, no olvida el sarcasmo, la sátira, la ironía para el tratamiento de sus personajes.

No sólo los humildes son víctimas de ellos. Nadie escapa, y sobre todo, la misma heroína.

Pero los personajes son, raramente, conscientes de la ironía de la cual son el blanco. El ironista es, generalmente, el narrador, extranjero al mundo de ellos.

LA SÁTIRA DE LA BURGUESÍA:

Tres personajes encarnan la burguesía normanda: León, Lheureux y Rodolfo.

LEÓN (el futuro notario): escribiente en el despacho del señor Guillaumin, este personaje no carece de cualidades: "Poseía, además, algunas habilidades: pintaba a la acuarela, conocía la clave de sol, y de muy buen grado, después de comer y cuando no jugaba a las cartas, ocupábase de la literatura." (Madame Bovary, p. 127) (1)

Este rubio de ojos azules aparece, desde una primera impresión, como la contracara de Carlos Bovary, que no tiene todos esos "talentos". Pero, como él, se le parece moralmente: "Es por naturaleza tímido y reservado, con esa reserva que es a un mismo tiempo pudor y disimulo (M. B., p.127)

También, como Bovary, es un temperamento moderado, falto de personalidad. Progresivamente se deja dominar por su amante Emma de la cual acepta las ideas, los gustos y los regalos.

El aburrimiento de su existencia se disipa en los brazos de ella. Pero el miedo de comprometerse y de comprometer su porvenir, su futuro estado de notario, le inspira el deseo de romper sus relaciones.

Muy débil para resolverse en ese problema, él espera, inquieto, que su relación se termine por ella misma. El suicidio de Emma le aportará el alivio, el desahogo. Es, en definitiva, un mediocre.

LHEUREUX (vendedor de telas y novedades): es un personaje temible, quizás el más inquietante de Yonville. Debajo de sus maneras corteses, atentas y lisonjeras en extremo, esconde una perspicacia cruel. Sólo el dinero cuenta para él.

Permitiendo a la protagonista saciar sus apetencias, sus codicias (siempre le dice: “¿No tiene dinero, señora? No importa, pague después”), la hunde en el adulterio, dándole crédito, y la precipita a la ruina y la muerte. Porque sus comprensivas generosidades no son más que una fachada.

Si este personaje otorga crédito, es para permitirse mejores reembolsos, comprendidos los intereses. Cuando se da cuenta que no le pagarán su dinero, no duda un sólo instante en recurrir a los usureros y a incautarse de los bienes de Carlos Bovary. El comerciante se vuelve, entonces, insensible.

RODOLFO BOULANGER (el nuevo dueño del castillo de la Huchette): es un verdadero burgués. Soltero, mujeriego empedernido, es, desde el principio, asombrado y seducido por la ingenuidad y frescura de Emma.

Pero vivió antes muchas aventuras amorosas para tomar en serio su relación con ella; además, ama demasiado su “confort” y su libertad para “atarse” verdaderamente.

Dos episodios ilustran su ausencia de escrúpulos y su egoísmo:

- su partida, justificada falsamente con una carta, la víspera del día en que Emma debía huir con él;

- su rehusarse a ayudar financieramente a su amante cuando, reducida al acorralamiento de las deudas, le pide dinero.

RETRATOS DIVERSOS: UNA MISMA SÁTIRA:

Si diferentes son los unos de los otros: León, Lheureux y Rodolfo conforman, para Flaubert, el objeto de un mismo proceso: el del conformista, el de la ignorancia, la necesidad y la sequedad del corazón.

Con el retrato de Homais (el farmacéutico), que encarna el tipo del pequeño burgués, satisfecho y vulgar, la pintura se hace incisiva y satírica. Ella corresponde al desprecio personal que el autor manifestó siempre hacia la burguesía, sinónimo, a sus ojos, de bajeza moral e intelectual.

UN CAMPESINADO TOSCO:

El campesinado normando está pintado de dos maneras; globalmente, a través de los cuadros colectivos en las bodas de Emma y Carlos o en los Comicios agrícolas.

Flaubert nos señala la torpeza de los aldeanos, sus gestos desmañados y sus preocupaciones materiales. Su descripción de la boda linda con la vulgaridad extrema. “Muy grandes o muy estrechos, los trajes eran nada elegantes”, dice observándolos burlonamente.

Durante los Comicios, los campesinos son también muy ridículos. Escuchando el discurso cómico, a fuerza de grandilocuencia, del Sr. Lieuvain, “todas las bocas de la multitud estaban abiertas, como para beber sus palabras.” (M.B., p. 182).

Evoca, con imágenes ridículas, la falta de elegancia de las vestimentas: “chaqués raquíticos, con los botones traseros tan juntos como ojos y cuyos faldones dijéranse cortados de un solo tajo, por el hacha de un carpintero.” (M.B., p.59).

Individualmente, con una verdadera caricatura de los ridículos. Campesinos y burgueses, sobre todo, son los que utiliza para el fresco de la sátira de las personas.

Sin indulgencia para la torpeza y las maneras rústicas de los campesinos, el autor se complace en aislar cruelmente, en la citada fiesta de bodas de Emma, las figuras de los chicos: “Los chicos, vestidos como los padres, no se hallaban muy a gusto con sus trajes nuevos; muchos de ellos usaban botas por primera vez en su vida.” (M.B., p.58)

También las de algunas jovencitas de 14 a 16 años: “...y junto a los chicos, sin rechistar, con sus blancos vestidos de primera comunión alargados para aquellas circunstancias, veíanse algunas muchachitas de catorce a dieciséis años (sus primas o hermanas mayores, sin duda), muy encendidas, atontadas, empomadísimos los cabellos y temerosas de ensuciar sus guantes.” (M.B.,p. 58/9).

Las de algunos hombres: “Todos iban acabaditos de pelar y afeitarse, muy separadas del cráneo las orejas. Algunos, que se levantaron antes del amanecer, al afeitarse, debido a la escasa luz, hicieron cortaduras diagonales bajo la nariz, o bien, en las mejillas, desolladuras como escudras de tres francos, desolladuras que se inflamaron con el aire del camino y salpicaban de placas rojizas aquellos radiantes rostros, blancos y mofletudos.” (M.B., p.59).

O de alguna joven y rubia campesina a la que el padre de Emma: “...se entretenía en piropear tabernariamente, la cual, como no supiera qué responder, saludábale y se ponía colorada.” (M.B., p.60).

Quizás sólo escapa a la ironía mordaz del autor, la humilde sirvienta Catalina Leroux: “Nada de triste o de conmovido enternece esta pálida mirada.” (M.B., p.182). Pero Flaubert agrega inmediatamente: “En la frecuentación de los animales, ella había copiado su mutismo y su placidez.” (M.B., p.182). La piedad no excluye la dureza del trazo.

LA SÁTIRA DE LAS COSTUMBRES DE PROVINCIA:

En la novela, la provincia parece vivir a la sombra de la gran ciudad: Rouen o París. En esos campos aburridos y esos “campesinos sin carácter”, la imitación es la regla de sus comportamientos.

Emma está acusada de interpretar a las “señoritas de la ciudad” (M.B., p.42); las chicas de la noche tienen “vestidos pericados a las de la ciudad” (M.B., p.52).

El señor Homais muestra el ridículo y el inconveniente de su conducta cuando entra majestuosamente al Café de Normandie, en Rouen, “sin sacarse el sombrero”. Así ilustra y denuncia la torpeza y torpeza del provinciano al no descubrirse en un lugar público. (M.B.,p.358).

París es el centro de convergencia de todos los sueños y la referencia más prestigiosa. Emma desea vivir allí. Embellecida y agrandada en su imaginación, la capital se vuelve mítica. Desdichadamente, la ingenuidad y la extraña pobreza de la imagen que ella se forja, conduce a la risa del lector. (M.B., p.93/4).

UNA VISIÓN RIDÍCULA DE LA AGRICULTURA:

Los largos discursos pronunciados durante los Comicios, contribuyen a la sátira del medio campesino, pero de una manera diferente.

En efecto, los oradores no tienen la intención de desacreditar a la agricultura: al contrario, ellos quieren elogiarla.

Pero su tono es tan enfático, tan numerosos los lugares comunes y las banalidades, que producen en el lector un efecto inverso. Estos comicios se vuelven ridículos. Por ejemplo: "¿Quién no ha parado mientes en los grandísimos beneficios que nos reporta ese modesto animal, orgullo de nuestros corrales, que proporciona, al par, blandas almohadas a nuestros lechos, succulentas carnes para nuestra mesas, y huevos?" (M.B., p.187). Para designar a una gallina, la frase es muy pomposa.

Todo el capítulo octavo de la segunda parte de la novela, tiene una acabada comicidad.

LA SÁTIRA AL ROMANTICISMO:

Una escena, entre varias, nos permitirá comprender esta sátira. Es la del paseo en barca, sobre el Sena, al comenzar el capítulo tercero de la tercera parte (M.B., p.303).

Los versos de Lamartine recitados por Emma (M.B. p. 304), nos llevan a comparar la situación de los amantes románticos a la de León y la protagonista. ¡Qué diferencia entre el idílico paisaje de montaña del lago du Bourget y el paisaje urbano del Sena en Rouen!

A los "perfumes ligeros" del poema, se sustituyen, en la novela, "la brea humeaba entre los árboles" (M.B., p.303); y a las "claridades" de la luna que blanqueaban la superficie del lago, "las grasientas redondeces que flotaban..." (M.B., p. 303); al silencio de la naturaleza, el resonar de los mazos en el casco de los buques y "el rodar de los carros, el tumulto de las voces, los ladridos de los perros en los puentes de los buques, los rumores todos de la ciudad..." (M.B., p.303).

La degradación es también grande para el entorno humano. Los discretos remeros lamartinianos están reemplazados en Flaubert por un barquero que no tiene nada de poético, ni en su lenguaje, muy vulgar, ni en sus maneras: se escupe las manos antes de empuñar los remos.

Se diría que el novelista no ha hecho alusión al poema de Lamartine sino para burlarse, llevando a sus personajes a un mundo grosero, a fin de volverlo una parodia burlesca.

CONCLUSION:

La sátira a la burguesía y al campesinado son evidentes. El burgués, reiteramos, no gozaba de las simpatías de Flaubert.

Pero, la sátira que hace al romanticismo: ¿es sátira o nostalgia?

Al convertir a Emma en una víctima romántica, el autor denuncia, al mismo tiempo, los "grises" del mundo moderno, como lo afirma Michel Picard.

Ella es culpable de elegir sus sueños contra la realidad. Pero, ¿se puede decir que la realidad sea pesada, no satisfactoria? ¿Que el corazón humano es más grande, más vasto que eso que él puede sentir?

La sátira de Flaubert contra el romanticismo desemboca así en una paradoja: ella parece dolerse, echar de menos eso que condena y ridiculiza. (La cena de la muerte de Carlos, ¿no es romántica?).

“La ambigüedad sobre este punto no hace más que revelar la doble naturaleza de Flaubert: realista por razón y romántico por anhelo”, como lo afirma Claude Chabrol.

NOTAS:

(1) Flaubert, Gustave, Madame Bovary, Biblioteca Edaf, Madrid, 1990. Traducción de Ramón Ledesma Miranda. Las citas del libro se hacen poniendo entre paréntesis las iniciales del título y el número de la página que corresponda.

BIBLIOGRAFÍA:

- Flaubert, G., Madame Bovary, Garnier, París, 1976
Picard, M., La lecture comme jeu, éd. de Minuit, París, 1986
Chabrol, C., Autour d'Emma, coll. “Brèves Cinéma”, Hatier, París, 1991
Bromberg, V., Flaubert, Le Seuil, París, 1971
Nadeau, M., Gustave Flaubert, écrivain, Maurice Nadeau, París, 1980.